

Vivêweme a **ENAMORAR**

Relato



*Sarah
Russell*

Viélveme a
ENAMORAR

Vuélveme a enamorar.

©Todos los derechos reservados.

Sarah Rusell.

1ªEdición: Octubre 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Boda

Epílogo

Capítulo 1



Abrí los ojos y me quedé mirando al techo, ese lugar no lo reconocía, me sentía extraña, ojeé al alrededor y me di cuenta de que era la habitación de un hospital, tenía un gotero en mi mano y muchos cables encima.

- Hola – se acercó sonriente una enfermera cuando me vio observando todo. No reconocía esa cara, no recordaba que hacía ahí.

- Hola ¿Qué paso? – mi voz era débil y casi no me la reconocía, era como sin fuerzas, como de una niña tímida de corta edad.

- Tranquila, tuviste un accidente, pero me alegra que hayas despertado – acarició mi mano – mi nombre es Pepa y estuve aquí muy pendiente a ti desde que llegaste – seguía sonriente y cariñosa.

- Encantada – no recordaba nada – ¿Qué clase de accidente?

- De coche – su tono era triste, pero sin dejar de sonreír.

- ¿Y mis padres?

- Deberías de descansar un poco – Eso me sonó a que a ellos le había pasado algo en ese accidente, yo preguntaba el por qué no estaba ahí, pero algo me decía que todo conectaba.

- Quiero saber si ellos están bien y si saben de qué yo estoy aquí.

- El medico te informara de todo. Ahora debes de relajarte, vendrá el doctor enseguida.

- ¿Cuánto tiempo llevo aquí?
- Un mes...
- Vaya – comencé a llorar, quería recordar, pero apenas conseguía hacerlo, solo sabía que tenía a mis padres y vivíamos a las afueras de la ciudad, en una preciosa casa con jardín, nada más, inclusive de mis padres recordaba sus rostros, pero no tenía recuerdos con ellos de ningún tipo.

Me quedé triste, muy triste ¿Por qué no había nadie de mi familia aquí?

Unos momentos después apareció el doctor, un hombre con una sonrisa tranquilizadora y aparentemente feliz por verme de algún modo despierta.

- Hola, Martina. Soy el doctor Carlos – se sentó a un lado de la cama, me miraba sonriente. ¿Qué tal estás?
- Ni sé cómo estoy, no me acuerdo de mucho.
- Bueno, eso de mucho, créeme que es un gran avance ¿Qué recuerdas?
- Pues a mis padres, la casa con jardín en la que vivíamos...
- Ellos iban en el coche donde sufristeis el accidente ¿no lo recuerdas?
- No. ¿Cómo están ellos?
- Siento decirte que fallecieron – esas palabras se me atragantaron en la garganta y se me clavaron en el alma, comenzaron a brotar lágrimas de dolor – Lo siento, pero me alegro de haber conseguido que vuelvas a despertar, he estado cada día dejándome la vida en probar diferentes tratamientos y convenciéndome a mí mismo de que eras fuerte y saldrías de está, solo tienes treinta años y te queda mucha vida por delante.
- Sola... - me salió eso entre lágrimas.
- No hemos conseguido dar con más familiares tuyos y nadie preguntó por ustedes cuando

pasó el accidente, solo los vecinos, sois muy queridos, pero todos coinciden en que tus padres vinieron de joven al pueblo y nunca se nombró a familiares, solo te tenían a ti que eras una bebé en aquel entonces.

- No recuerdo tener más familia...
- Hay un chico que viene todos los días, se llama Nelson ¿lo recuerdas?
- No – intenté repetir el nombre varias veces, pero no lo conseguí.
- Viene cada tarde, desde hace tres semanas, cuando se enteró de lo sucedió ya que trabaja de policía, desde entonces, cada día, en la hora de visita viene y te habla, te trata con mucho cariño, me dijo que era una persona que te quería mucho, vino su madre un par de veces también.
- Nelson... No lo recuerdo – intentaba hacerlo, pero lo de mis padres me tenían muy en shock.
- Esta tarde vendrá, espero que te pueda ayudar a recordar algo, ahora quiero que no te preocupes por nada, tienes que recuperarte, me lo vas a prometer – le hizo un gesto cariñoso a mi mano.
- Claro – mi tono sonó a tristeza y levantó la ceja sonriendo, le devolví la sonrisa, triste, pero se la devolví - ¿Esta pérdida de memoria es para siempre?
- Estamos en pruebas que no sé cuándo llegaran, pero no creo que sea para siempre, poco a poco te irán viniendo recuerdos hasta poder montar tu vida de nuevo.
- Montar mi vida...
- Seguro que sí, no te comas la cabeza, todo fluye, todo pasa, todo se supera.
- Espero...
- Vendré a cada rato a vigilarte – se levantó e hizo el gesto con sus dos dedos de ponérselo en los ojos y señalarme en señal de que me estaría vigilando.

- Vale – sonreí.

Mis padres fallecidos, yo un mes en esta cama, Nelson me visitaba y yo no sabía quién era ¿En que se había convertido mi vida?

Pepa era muy amable conmigo, me andaba contando cosas y yo la escuchaba sonriente mirando a la ventana, me incorporó un poco la cama para que pudiera ver la ciudad mejor, bueno el pueblo, vivía en un pueblo, eso sí lo recordaba ¿pero a que me dedicaba?

- No sabes la de canciones que te he cantado – dijo Pepa a modo riña.
- Gracias... - sonreía de escucharla a pesar de tener el alma rota.
- Yo decía; como Martina no se despierte, empiezo con el recopilatorio de Lola Flores, Rocío Jurado e Isabel Pantoja.
- ¿Y esas quiénes son?
- Bueno, dos ya no están, son cantantes de copla, de flamenco, son las grandes de España – dijo con euforia sacándome una sonrisa.

La verdad que Pepa tenía mucho desparpajo, algo especial que conseguía sacar una sonrisa, a pesar de estar con el alma por los suelos.

Esa tarde escuché entrar a alguien y apoyarse en la puerta, miré y me vi a un chico sonriendo con las manos cruzadas, apoyado en el quicio y mirándome con ojos de felicidad, era guapísimo, rubio con el pelo peinado hacia un lado un poco largo, recortado alrededor, con unos jeans que le quedaban de muerte y una camiseta que dejaba entrever que tenía un físico bastante imponente, lo miré sin entender nada ¿era Nelson? No recordaba esa cara.

- Veinte días viniendo y no me miraste a los ojos, no me respondías ¿algo que aclarar? – sonó bromista.
- Tenía mucho sueño ese tiempo – respondí con la misma broma y entró directo hacia mí, se sentó a un lado de la cama y acarició mi cara con un pellizco, sonriendo – No sabes lo que me alegra verte así.
- No recuerdo nada, solo a mis padres y la casa donde vivíamos – se me saltaron las lágrimas. Quería avisarlo de que cualquier intento por hablar conmigo de algo de antes del accidente, no iba a estar segura de poderlo recordar.
- Bueno, no te preocupes por eso, poco a poco te irás acordando. Así que de mí nada ¿no? – se cruzó de brazos y volteó los ojos – Para lo que he quedado – dijo a modo bromista.

- Nada, lo siento – pronuncié con tristeza.

- Tranquila, Martina. Tendrás tiempo para hacerlo poco a poco, me acabo de enterar antes de entrar de que estabas despierta, de lo contrario, te hubiera traído algo.

- No es necesario, pero agradecida – lo miraba intentando acordarme, con lo guapo que era y que no lo recordara era para dormirme otro mes y no levantarme hasta tener la mente de nuevo en su sitio.

- Bueno, no me hables con tanto respeto, antes no lo hacías así – hizo un guiño.

- ¿De qué nos conocemos? – pregunté con pena.

- Bueno, eras una psicópata que me perseguías por todos lados, no conseguía quitarte de encima y un día desapareciste, me sentí aliviado y luego me enteré de lo sucedido, así que me dije, ahora me toca acosarla a ella e ir cada tarde a verla.

- ¿En serio? – me quedé ruborizada.

- No – sonrió con la más bonita de las sonrisas – Nos habíamos empezado a pasear dos meses antes de tu accidente, comenzamos a quedar, cenar, tomar algo, estábamos bien, nos sentíamos cómodos juntos, cogimos mucha complicidad y bueno – cogió aire – sucedió esto. Nos conocíamos del pueblo pero hacía tiempo que no nos veíamos.

- Vaya, siento el no acordarme – me partía el alma no poder recordar esas cosas, se le veía un chico con un corazón bonito, al menos esos gestos de venir cada día decían mucho de él.

- ¿A que me dedicaba yo? – pregunté con miedo.

- Bueno, habías acabado de llegar de trabajar tres años en Irlanda, en septiembre te incorporabas de profesora en el colegio principal del pueblo, tienes la carrera de magisterio, además de unas excelentes prácticas remuneradas en tu estancia en Irlanda durante ese tiempo que estuviste.

- Vaya, no logro recordar - ¿Había estado en Irlanda? Eso sonaba muy bien, pero ahora mismo no sabía ni donde se encontraba.

Me estuvo contando un poco sobre su trabajo, era policía en el pueblo, tenía treinta y seis años, vivía solo, cerca de mi casa, dos calles más atrás, se le notaba que quería conseguir que yo recordara, pero nada, no había forma, poco a poco iba sabiendo más de él, hasta que llegó la enfermera a avisar de que la hora de visitas había acabado.

- Volveré mañana, Martina – se levantó – no te librarás de mi tan fácilmente.
- Gracias – sonreí detrás de ese corazón hundido por todo lo sucedido, pero no podía hacer otra cosa que agradecerle el estar.

Ese día lo terminé hecha un mar de lágrimas, quería comprender que había pasado, no podía aceptar que ya no iba a tener a mis padres, que me quedaba sola, sin recuerdos, siendo una profesora que no se acordaba de nada ¿Cómo me iban a permitir dar clases así? Me entristecí demasiado esa noche.

Al día siguiente por la mañana me llevaron a hacerme pruebas, en la camilla, luego para ellas me levantaron, me daba vértigo ponerme de pie, pero era normal después de la de tiempo que llevaba tendida en la cama.

El medico pasó más tarde para verme y decirme que estaban todas claras, que me veía muy bien, que no tardarían mucho en darme el alta y me daría unos volantes para ir tomando un control con citas en el hospital.

Por la tarde apareció Nelson, sonriendo, con una rosa y un libro en las manos, besó mi mejilla y se sentó a mi lado, puso sobre mi barriga la flor y la novela.

- Buenas tardes – respondí a su saludo – No te debías de haber molestado – olí la rosa y miré la novela.
- Es la que querías, me lo dijiste en varias ocasiones antes de lo que te pasó, en este tiempo la conseguí por internet, esperaba a que un día te la pudiera dar, aquí la tienes.

Miré el título “El destino en tus manos”, nada, no había forma de recordar más que mi casa y a mis padres.

- Es un gesto muy bonito por tu parte – sonreí – Muchas gracias. Quería preguntarte algo ¿Por qué tardaste una semana en enterarte de mí accidente siendo policía?

- Entiendo – sonrió – No tuviste el accidente aquí en el pueblo, estabas con tus padres a trescientos kilómetros, en otra ciudad, allí estuviste hasta una semana después. Yo fui a tu casa durante dos días al no saber de ti, nadie abría y no contestabas a mis llamadas, el móvil apagado. Pedí permiso para activar una alarma y pronto llegó, te traían hasta aquí como única superviviente, a este hospital, antes estuviste en aquella ciudad. Todas tus pertenencias la tengo yo en la comisaria, por eso no te vi antes – acarició mi mano.

- Wow, no me lo espera, tengo que ir digiriendo todo. Tengo la sensación de estar, pero no estar en este mundo.

- Tranquila, si me dejas, te ayudaré a volver a encontrarte a ti misma – hizo un gesto de cariño en mi mano.

- Claro, ¿Cómo no iba a permitírtelo? Eres el único que por lo que veo tengo cerca – le hice un gesto en su mano de cariño y agradecimiento.

- Buenas tardes – entró uno de los médicos sonriendo – mañana por la mañana te damos el alta hospitalaria ¿contenta?

- Sí – realmente había sido todo un shock, me daba miedo enfrentarme sola a todo, pero no le iba a decir que no me quería ir y que me quedaba ahí de por vida.

- ¿Sobre qué hora será, doctor? – preguntó Nelson.

- No más tarde de las diez.

- Está bien, vendré a por ella. Era para organizarme.

- Me han dicho que tienes en las dependencias las pertenencias de ella, ¿es así?

- Sí, mañana se las traigo cuando venga.

- Perfecto.

El doctor se fue y yo estaba aún que no podía abrir la boca.

- ¿Estás bien? – preguntó preocupado, acariciándome la mano.
- Sí – intenté quitar la mente en blanca que tenía en esos momentos – es solo que me impresiona volver sola a casa, cuando no la recuerdo por dentro si quiera, solo lo que es el exterior.
- Tranquila, no estás sola – volvió a recordarme que ahí estaba él.
- Gracias, pero creo que ya hiciste demasiado, me da pena contigo que estés todos los días con este problema.
- ¿Problema? – me agarró la mano – Lo hago encantando, el problema sería el no poder estar, me volvería loco, quiero ayudarte Martina, quiero ayudarte a recordar.
- Gracias – dije con timidez.
- No te preocupes por nada, de verdad, por nada, todo estará bien y se pondrá en su sitio, créeme.
- Vale. Perdona, pero es que no se, me siento un poco aturdida me da miedo todo – comencé a llorar.
- Te entiendo – acarició mi barbilla – Pero te prometo que no vas a estar sola ni un momento, que me voy a encargar de ayudarte en todo y que soy yo el que quiere estar a tu lado.
- Te lo agradezco en el alma.
- No hay nada que agradecer te lo digo en serio – me miraba con mucho cariño y a modo riña.

Esa noche me sentí estresada, me daba ansiedad intentar recordar y no conseguirlo, me daba

miedo cruzarme con vecinos y no saber quiénes eran, me daba miedo todo.

¿Qué iba a pasar a partir de ahora? ¿Cómo sería mi vida?

Por la mañana Nelson apareció pronto, me trajo ropa de la maleta que había en el coche cuando nos estrellamos, le agradecí eso, ya pensaba que me tenía que ir en pijama de hospital, todo por muy poco que fuera me aturdí.

Un rato después recibí la información del tratamiento que debía de seguir, más las visitas programadas para ver al doctor, salimos de allí y me abrió la puerta de su coche, me monté y me pasé el camino mirando alrededor, algunas cosas eran como si supiera que antes había estado ahí, pero muchas ni las recordaba.

Reconocí mi casa al llegar, Nelson me dio mi bolso y cogí las llaves, mi móvil apagado estaba dentro, el sacó todo el equipaje que iba dentro del coche de mis padres cuando tuvimos el accidente.

Capítulo 2



Cogí aire antes de abrir la puerta, cuando lo hice y vi la entrada mis ojos se nublaron en llantos, Nelson puso las cosas en el pasillo y me abrazó, beso mi frente mientras yo permanecía con las manos en la cara.

- Tranquila, Martina, tranquila – no dejaba de abrazarme.
- Se me pasará – me aparté intentando calmarme y pasamos a la cocina, comencé a buscar entre los muebles y encontré el café, inclusive leche que aún no estaba caducada - ¿Un café?
- Claro - sonrió y se puso a mi lado, mirando a la vitrocerámica mientras cogía hervor la cafetera. – Mañana por la mañana vendré y te acompañaré a hacer las gestiones del banco, de la herencia, debes saber en qué situación te encuentras, que cuentas posees, al igual que tus padres, no recuerdas nada y tienes que enfrentarte a la verdad.
- No sé ni si esta casa está hipoteca, pagada, no recuerdo nada – lloraba.
- No creo que esté hipotecada, tu padre era director de una buena empresa eléctrica, ya lleváis muchos años aquí, pero debes ponerte al corriente de todo para poder comenzar una nueva vida.
- Ya... - Tampoco recordaba el oficio de mi padre.

Nos sentamos a tomar el café en la cocina, el me transmitía mucha tranquilidad con la marida, me daba pena no recordar eso que comenzó dos meses atrás del accidente, en esos momentos solo sentía agradecimiento por él, no tenía ningún sentimiento más allá de eso y si en su día lo tuve, no lo recordaba.

- Es increíble que parece que es la primera vez que estoy en esta cocina.
- Norma, Martina, eso es normal.
- Me duele saber la de situaciones y momentos que pasé aquí junto a mis padres y que no los pueda recordar.
- Yo estoy seguro de que volverás a hacerlo.
- Yo lo espero, me daría mucha pena vivir sin recordar los momentos junto a las personas que me dieron la vida.
- Te entiendo, pero no pienses en ello.
- ¿Te puedo preguntar algo?
- Claro.
- ¿Sufrieron mucho?
- No, ellos iban delante, murieron con el impacto, un animal se os cruzo en la carretera y por evitarlo fue a parar contra la ladera de una montaña.
- Vaya – me puse triste.
- No pienses más en ello, no vas a recordar por pensar y te vas a hacer más daño.
- Ya...

Subimos a mi habitación, estaba en la parte de arriba, como la de mis padres y otra más, un baño en el pasillo abajo estaba la cocina, el salón, otro baño y la entrada.

Yo miraba las fotos de mis padres conmigo y sí que me acordaba de ellos, pero no del momento en que fueron tomadas.

Puse a cargar mi móvil y cuando lo encendí di gracias a Dios de no tener contraseña, lo primero que apareció fue una foto mía con Nelson de fondo de pantalla, él con su cabeza sobre mi hombro, detrás de mí, abrazándome, justo lo que hizo en ese momento, abrazarme por detrás y poner la cabeza en mi hombro mientras miraba la foto conmigo.

Se me saltaron las lágrimas, me giré y lo abracé llorando.

- Siento no acordarme de ti, lo siento, veo la foto y mira la felicidad en mi cara, me odio a mí misma por no recordarte.
- Martina – me abrazó con más fuerzas – No te preocupes, de verdad, estaba, estuve y seguiré estando hasta recobrar aquello tan bonito que nació entre nosotros, con un futuro lleno de planes.
- Lo siento – repetí sin dejar de llorar y abrazándolo más fuerte.

- No tienes que lamentarte por nada, no tienes que hacerlo, olvida eso, intenta pensar en estos momentos y, sobre todo, en ir acomodándote a tu nueva vida.
- No me queda otra que hacerlo, espero que pronto me adapte a todo esto y no me quede loca en el intento.

Se echó para atrás y se sentó en el borde de la cama, me hizo sentar encima de cuclillas mirando hacia él y nos abrazamos con todas las fuerzas, el caso es que necesitaba sentirlo, necesitaba tener ese contacto con él, no lo recordaba, pero mi piel parecía que sí, el contacto con él me causaba tranquilidad, me transmitía algo que no sabía describir.

- Vamos a salir a pasear – dijo cogiéndome de la mano – vamos a comprar pan y algo de comida para preparar ¿Te parece?
- Claro – miré la cartera mía y comprobé que tenía algo de efectivo y muchas tarjetas que no sabía la clave.
- No mires eso, voy a pagar yo – jaló de mí, sacándome del cuarto.
- No, encima que me cuidas y te preocupas de mí, no, no vas a pagar tú.
- Bueno, no te haré caso y además soy poli, todo lo que digas puede ser utilizado en tu contra – bromeó.
- Serás – me causó una risa.

Me cogió de la mano y salimos de mi casa, fuimos calle abajo y me di cuenta de que todos nos miraban, Nelson saludaba dirigiéndose a ellos por sus nombres, tras esos buenos días, sabía que lo que quería era que yo fuera familiarizándome con la gente de mi zona, esa que no recordaba.

Compramos un poco de pan, refrescos, verdura, carne y volvimos a la casa, me encanta esa seguridad que me aportada, no sé, no me sentía mal agarrada por ese brazo mientras me llevaba felizmente tratándome con mucho cariño.

Comenzamos a preparar una carne con verduras y patatas cocidas, yo sabía hacerlo, no me acordaba de muchos ingredientes, pero Nelson se reía poniéndome con acertijos a averiguar qué poníamos en esa olla.

- Y dices que nunca habías estado aquí dentro...
- No, pero sí en la puerta muchas veces, además, tus padres me conocían del pueblo, sabía que era uno de los polis y me saludaban con mucho cariño.
- Pero sabían que nos veíamos ¿verdad?
- Sí, en más de una ocasión cuando te acompañé a la puerta me invitaron a pasar, pero no me gustaba molestar, además a veces era ya tarde – sonreía recordando.
- ¿Y ellos como eran?
- Muy cariñosos, simpáticos, educados, correctos y morían de amor por ti.
- Vaya, me alegra saberlo.

Cada vez me sentía más segura hablando con él, a pesar de no reconocerlo ni un poco, había una parte que parecía que me transportara y que lo conocía de toda la vida.

- Pero antes de nosotros empezar a pasear o como se le llame, yo ya te conocía ¿no?
- Claro, pero fue cuando volviste de Irlanda cuando surgió el flechazo – se pegó a mí que movía los ingredientes para cerrar la olla y me dio un beso en la cabeza con cariño.
- Nelson, ¿nosotros llegamos a besarnos de verdad? – pregunté inocente de mí, causándole una sonrisa y agarrándome por la cintura para pegarme a él que estaba sobre la encimera apoyado.
- Tranquila, no te voy a hacer nada – sonrió mientras me sujetaba – nosotros nos besamos y nos acostamos infinidad de veces en mi cama, mira – cogió su móvil de la encimera y me enseñó fotos de los dos bromeando en una cama donde parecía que estábamos desnudos debajo de las sábanas. – Estábamos muy felices.
- Sí – dije con nostálgica y me apretó contra él abrazándome, esta vez lo correspondí y le

di un beso en la mejilla.

- Gracias – sonrió sorprendido y me agarró por las manos – No sé si podré volver a conquistar tu corazón, pero si no lo consiguiera, estaré a tu lado hasta volverte a ver feliz.
- Eres una gran persona por lo que veo – le apreté las manos en muestra de cariño.
- Nada especial, pero me gusta cuidar a la gente que quiero – me abrazó.
- Eres un regalo de la vida, sin dudas, que sí.
- Ese regalo eres tú, Martina, no te imaginas lo que me haces sentir, si por un momento pudieras estar en mi corazón, sabrías cuan importante eres para mí.

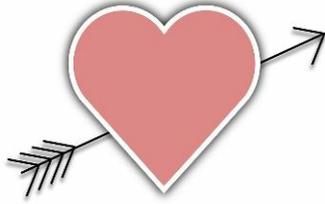
Esos abrazos me transmitían algo que no sabía describir, Nelson conseguía que pudiera exteriorizar muchas de mis emociones, aquella que quería descubrir de nuevo, recuperar todo aquello que dejé en esa maldita carretera.

Comimos y por la tarde me llevó al cementerio a despedir a mis padres, estaban juntos en un nicho, los del seguro se habían encargado de todo, lloré de pena mirando esa lápida mientras Nelson me tenía la mano sobre el hombro y me apretaba contra él besando mi cabeza.

Volvimos a mi casa, nos despedimos, él tenía guardia esa noche, quería dormir un poco, por la mañana quedó que vendría temprano a que le pusiera el desayuno y ya nos iríamos de banco, a hacer los trámites.

Esa noche sentí un poco de inquietud, estaba sola en esa casa, me puse a mirar las cosas personales de mi madre, joyas antiguas, cosas que debía usar últimamente, me causó mucha añoranza a pesar de no recordar nada, cerré la puerta de la habitación de ellos y me fui abajo al salón, ni siquiera podía dormir en mi habitación, me sentía muy pequeñita y sola en esos momentos.

Capítulo 3



Era bien temprano cuando sentí a Nelson aparcar afuera de mi casa, lo vi por la ventana, aún estaba en ese pijama corto ya que era final de primavera y el calor se hacía notar.

- Buenos días, agente – sonreí en la puerta al verlo llegar tan guapo con ese uniforme. La verdad es que era un caramelo de hombre, me sonrojé al verlo así.
- Buenos días, preciosa – besó mi mejilla sonriendo y lo pasé a la cocina para preparar el desayuno - ¿Qué tal dormiste?
- Pues en el sofá, no podía en mi cuarto, me sentía extraña, así que me vine abajo y ahí dormí.
- He pedido dos semanas de mis vacaciones, aun no use ni un día, me dijeron que, sin problema, así que no te preocupes que estoy libre para ayudarte en todo, hasta a acompañarte por la noche si me lo permites – levantó la ceja.
- Bueno, puedes quedarte, eres el único que me cuidó, tienes derecho a todo – sonreí señalándole con el cuchillo que cortaba el pan para hacer las tostadas.
- Si me lo dices así, hasta me emociono – sonreía con una mirada de lo más cariñosa.
- Tampoco me asustes – volteé los ojos provocando una sonrisa en él.
- Jamás querría asustarte, por cierto, estás preciosa, tienes mejor color de piel, saliste del hospital muy blanquita.

Desayunamos y fuimos a su casa a cambiarse, no me sonaba de nada, se suponía que había estado muchas veces con él allí, lo había visto en sus fotos, pero nada. Se cambió y fuimos al banco.

El director se puso muy contento al recibirme, me recibió por mi nombre y estaba al tanto del todo, lo que no me podía imaginar que mi padre tenía todo muy atado antes de morir y dejó todo muy arreglado, solo tenía que hacer un trámite en notaria y poco más, la casa solo había que inscribirla en el registro después de ese trámite. El dinero de las cuentas de mis padres que tenían bastantes ahorros, con ese trámite podía llevarlo a mi cuenta y cerrar las suyas.

Yo tenía en mi cuenta un buen dinero ahorrado de lo que gané en Irlanda, parecía que mi padre me ayudó demasiado y me dio para reunir bastante en ese tiempo.

De allí fuimos a notaria y dejé ese trámite listo, en unos días me llamarían y ya con el papel que me daban podía dejar todo listo.

Salí contenta, no era para tanto y Nelson me había ayudado de manera muy eficaz, recobré mis claves de las cuentas y tarjetas, ya iba organizando mi vida.

- Te juro que me sorprende no acordarme de nada, no sé un número de clave, algo que normalmente usas a menudo y que yo no sea capaz de recordar nada...
- Tranquila preciosa, ya lo tienes de nuevo, a partir de ahora te irás acordando de todo, verás como todo fluye de manera normal.
- Eso espero, al menos tengo la tranquilidad que desde que desperté de ese coma, no se me olvidó nada, pues llegué a pesar de que iba a ir olvidando todo lo del día anterior.
- ¡No! – soltó una carcajada – Deberías de dejar de dar vueltas a la cabeza con ese tipo de pensamientos – me dio un beso en la cabeza.

Mi plaza como profesora estaba también garantizada, yo tenía la alta clínica, pero no la alta médica, así que en septiembre si seguía así no tendría que ir a trabajar hasta conseguir el alta, pero seguiría cobrando, estando de baja, es más ya lo estaba haciendo, así que me convencí de que poco a poco recuperaría mi vida.

Comimos en una pizzería del pueblo, la gente me saludaba feliz, pero respetaban mi privacidad, sabían que no recordaba, era un pueblo y se sabía todo, pero tenían delicadeza y me trataban con

cariño sin agobiarme.

- La pizza seguro que me gustaba antes del suceso ¿verdad? – estaba de muerte, se iba a convertir en uno de mis vicios.
- Te encantaba, sobre todo una que te hice un par de veces, en estos días te la haré.
- Eso está genial ¡Acepto! – dije emocionada.
- Me encantará hacerla feliz – me hizo un guiño.

De allí nos fuimos a su casa a coger ropa, iba a quedarse conmigo esa noche, al día siguiente ya veríamos si se quedaba o nos íbamos a su casa, pero no tenía pensamiento de dejarme sola y yo lo prefería, demasiado tenía ya encima como para encerrarme en soledad.

Ese día me había enseñado infinidad de fotos de los dos, me encantaba ver la felicidad que desprendíamos en cada una de ellas, yo revise mi móvil también y descubrí muchas cosas que me hicieron sentir muchas emociones, me daba pena no poder recordar, pero me había puesto una coraza para que eso no pudiera conmigo, la pena que no me acordaba de Nelson, la alegría que me hacía sentir algo, no sé si como antes, pero esperaba volver a ese punto en que se quedó todo el día de la desgracia, aunque todas las imágenes que veía eran recientes al accidente, las más lejanas aún no sé por qué, no me atrevía a verlas.

- Martina ¿Quieres saber cómo fue nuestro primer beso? – preparaba la cena y yo le ayudaba.
- Sí – reí avergonzada.
- Tenía las manos detrás de mi espalda, te dije que tenía una sorpresa para ti que cerraras los ojos, los cerraste emocionada y aproveché para dártelo en la puerta de tu casa y salí corriendo.
- ¿En serio?
- Sí – me hizo un guiño – Corrí antes de que me dieras una hostia.
- ¿Y yo que hice?

- Me pusiste un mensaje y me dijiste que si era hombre volviera a dártelo con menos prisas.
- No me lo puedo creer – me sonrojé.
- Y volví, y te agarré de la mano y te llevé a un sitio más apartado, allí nos dimos un precioso beso que aún recuerdo como si estuviera pasando ahora mismo.
- Y yo sin acordarme – puse gesto de tristeza bromeando.

Puso sobre la encimera lo que tenía en sus manos me pegó a él y me besó, con un beso tierno y delicado, pero que yo no quería que acabara, no lo recordaba, pero me gustaba eso que estaba sintiendo.

- ¿Mejor? – me miraba mientras me seguía sujetando por la cintura.
- Mucho mejor – cerré los ojos y le devolví el beso.
- No sabes el miedo que tenía a perderte, no te lo imaginas – me pegó con cariño contra él.
- Y yo tengo miedo a no recordarte – dije con tristeza.
- Me da igual, te voy a volver a enamorar – me abrazó con fuerzas.
- ¿Lo harías?
- ¿No lo estoy haciendo? – me dio un beso en la nariz.
- Sí, la verdad que sí... - sonreí con emoción.

Se le veía un gran hombre, aparte de ser irresistiblemente guapo, pero transmitía algo que me daba mucha paz.

- Mañana vamos a comer junto a mi madre, está deseando verte, un día merendamos con

ella y te cogió mucho cariño, se puso muy triste cuando le conté lo sucedido y dos días fue a verte al hospital.

- ¿Cómo se llama?
- Malena – sonrió.
- Es lo que peor me pone no acordarme de nada, no sé si soy la misma de antes, sí cambié, no sé, me quiero hacer la fuerte y vivir esto como otra segunda oportunidad, pero me está matando. Claro que iremos a verla – se me saltaron las lágrimas y volvió a abrazarme.
- Se que esto es muy difícil para ti, lo es hasta para mí que no sé ni como me las apañaré para volverte a enamorar, pero créeme que lo haré - me dio con el dedo en la nariz a modo cariñoso - quiero que vuelvas a sonreír, a dibujar tu vida como antes lo hacía llena de sonrisas y buenos momentos.
- ¿Sabes? Imagina que me hubiera despertado y no te hubiera tenido ni siquiera a ti, me muero de pensarlo, estoy feliz por esa parte, me has devuelto un poco de confianza en mí misma, de ganas de salir hacia delante.
- No pienses en eso – me abrazó con fuerzas y me volvió a besar ¿Lo sientes? – preguntó después de darme el beso.
- He perdido la memoria, no la sensibilidad – reí provocándole una sonrisa.
- Así de espontanea eras, no dudo que lo volverás a ser.
- ¿Era payasa? – le saqué la lengua.
- Muy payasa – rio recordándolo mientras continuaba preparando la cena.
- ¿Cuánto de payasa?
- Exageradamente payasa...

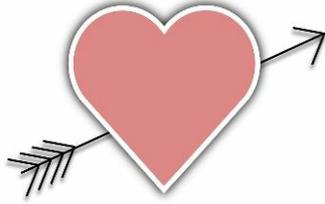
- ¡No!
- Sí...
- ¿En serio me lo estás diciendo o estas vacilándome?
- No, no eras payasa, pero sí que tenías unos golpes muy fuertes y eras muy espontánea, me hacías mucho reír.
- Vamos, ahora no te hago ni gracia...
- ¡No! – soltó una carcajada – eres tremenda – me besó.

En la cena estaba muy divertido, no paraba de recordarme cosas, bueno, de intentar, yo no me acordaba ni de la ropa que tenía en el armario, contri más de esas cosas que me intentaba recordar.

Por la noche nos quedamos a dormir en los sofás, él en uno y yo en otro, primero en la cama de mis padres no íbamos a dormir, segundo la mía era individual y tercero, aun me sentía muy perdida...

Vimos un poco la tele, me ponía al día de los programas y películas, pero yo no reconocía ni a Dios, yo me reía escuchando, pero poco más, así no sé cómo, pero nos quedamos dormidos.

Capítulo 4



El sonido de la cafetera me despertó, fui a la cocina y allí estaba Nelson preparándolo.

- Buenos días, bella durmiente – me agarró por la cintura y me besó en la mejilla.
- Bueno, no debería ni de dormir, después de un mes que lo hice en el hospital... - reí poniendo los ojos volteados.
- Eso es verdad, no entiendo cómo puedes tener sueño – me hizo un guiño mientras sonreía – siéntate te pongo el desayuno.
- Eres un chollo, me cuidas, cocinas, me acompañas, me aguantas...
- ¿Bien no? No podrás quejarte - puso las tostadas y el café sobre la mesa.
- No, no puedo quejarme – lo miré con cara de entontada, era verdad eso, no podía quejarme, era demasiado para mí que estuviera ahí y de esa forma.
- Me mandó un mensaje mi madre, ya está loca por que lleguemos – levantó la ceja.
- Me pone nerviosa, pero tengo ganas de verla, diría que, de conocerla, pero se ve que ya lo hice – reí.
- Tranquila, te lo pondrá muy fácil, es un amor de mujer, no es de esas típicas suegras regañonas – me hizo un guiño riendo.

- ¿Suegra? ¿Estamos comprometidos también? – pregunté a modo burlón.
- Bueno, digamos que hay algo que está floreciendo entre nosotros – dijo en un intento de suavizar eso y no asustarme, pero me hizo mucha gracia.
- Floreciendo, ajá – le saqué el dedo pulgar y nos echamos a reír.
- La puedes llamar Malena, sin problemas, si no te apetece llamarla suegra – dijo bromeando.
- Déjame – reí – me estás poniendo muy nerviosa.

Tenía una mirada que calaba en lo más hondo, con esa sonrisa tan noble, era una persona que transmitía demasiada paz, se le notaba muy en armonía con él mismo y eso me gustaba.

Salimos de mi casa y fuimos en su coche a casa de su madre, yo estaba relativamente nerviosa, Malena nos recibió a besos a los dos, era un cielo de mujer y me transmitía mucho cariño.

— Me alegro de que estés ya aquí, mi niña — dijo sin dejar de besuquearme.

— Gracias — la miré sonriente.

— No hay nada que agradecer, cielo. Pasad, os hice un arroz con pollo que verás que bien os sienta. Por cierto, este fin de semana vienen mis hermanos con mis sobrinas, vamos a hacer un poco de carne en el jardín, por supuesto cuento con los dos.

— Claro, madre, vendremos ¿verdad? — se dirigió a mí.

— Por supuesto — sonreí.

— Y a ti no te quiero ver triste ni sola, cuando mi hijo vuelva al trabajo, puedes venir conmigo, podemos salir a comprar, a pasear — decía con cariño.

— Muchas gracias — le acaricié la mano, la verdad es que era un encanto y joven, sorprendentemente joven.

— No hay nada que agradecer, para mí, eres como una hija si tú me lo permites — eso me emocionó mucho.

— Gracias — casi lloro, me había causado mucho afecto.

— No vuelvas a darme las gracias o me enfado.

— Vale — sonreí.

Pasamos la comida con ella, además luego el café con unos pasteles que trajo Nelson de una pastelería, por la noche nos despedimos y nos fuimos para su casa, esa noche decidimos quedarnos en la suya.

- Tú madre es un encanto, es una gran mujer, me transmitió tanto...
- Y te adora.
- Pues que suerte tengo – reí emocionada.
- Y nosotros de tenerte a ti... - me apretó la mano mientras conducía.

Me encantaba la casa de Nelson, había algo en ella que me causaba un bienestar general increíble, esa noche preparamos unas pizzas caseras, él no dejaba de contarme cosas de su trabajo, bueno yo le había hecho infinidad de preguntas, me preocupaba que fuera policía, pero ya me explicaba que en nuestro pueblo el índice de delitos era considerablemente bajos, que apenas tenían que asistir a algún problema grave o gordo, eso me tranquilizó, ya empezaba a preocuparme el hecho de que su trabajo pudiera ponerle en riesgo.

— La pizza está deliciosa — dije emocionada mientras la mordisqueaba.

— Me alegro de que te guste — sonreía emocionado, la verdad que la había hecho él, yo solo me limitaba ayudar, era triste no acordarse ni de los ingredientes que se le ponían a la pizza, pero poco a poco me iba familiarizando con todo.

Tras la cena vimos un rato la tele y luego nos fuimos a dormir, a su cama, me cogió en brazos y sin mediar palabra me llevo allí.

— Nada de sofá, el mío es muy incómodo — besó mi frente y me dejó caer en un lado de la cama.

— Si me pones una mano encima, llamo a la policía — bromeo.

— Aquí estoy — sonrió orgulloso.

— No, tú no me vales — le saqué la lengua y le hice un gesto en la cama para que se metiera.

— ¿Y me vas a meter en la boca del lobo? — preguntó metiéndose en la cama.

— Bueno... No está bonito que encima que me acoges en tu casa no te deje dormir en tu cama — le saqué la lengua y me abrazó, me besó con ganas, pero con ese cuidado y tacto que tenía.

— Tranquila, todo lo que hagas estará bonito — me pegó a su pecho y me echó sobre el mientras me acariciaba el pelo.

Y así nos quedamos dormidos, en una noche en la que sentí que ese cuerpo lo había amado mil veces, a pesar de no recordarlo, pero su olor, su tacto, todo eso me recordaba, ese abrazo con el que me dormí me llevo a volver a sentir sensaciones que creía volver a recordar, pero nada más de eso.

— Buenos días, mi vida — sus manos ahuecándose en mi cara era el mejor despertar del mundo y más si iba acompañando de ese beso.

— Buenos días, guapetón — dije sonriendo.

— Hoy toca ir al doctor, por eso te desperté.

— Sí — sonreí emocionada por esa atención y cariño que recibía por su parte.

- Pues vamos hacia arriba, te voy a preparar el desayuno.
- Qué buena vida esta – le di un beso en la mejilla.

Me dio un beso en los labios, mirándome con pasión, con amor, no sabía describirlo, solo sé que conseguía sonrojarme de mil maneras.

Fuimos a desayunar a la cocina, nos duchamos y de ahí para el médico, que nos recibió feliz y nos dijo que habían recibido los resultados de las pruebas que faltaban, que estaban convencidos de que en poco tiempo iría recobrando los recuerdos, que paciencia pero que lo conseguiría.

Salimos feliz de allí, el doctor me encontró muy animada y bien, así que nos fuimos a comer a un pueblo a celebrarlo, al menos eso decía Nelson y yo, yo encantada de verlo tan volcado conmigo.

Por la tarde nos fuimos a ver a un amigo de Nelson, llamado Víctor, estaba al tanto de todo, era un compañero de trabajo, así que nos llegamos a las dependencias donde él trabajaba y que para mi asombro me recibieron entre aplauso los tres policías que había junto a Víctor que también aplaudía.

Sentí una vergüenza descomunal, pero me alegro de que todos se pusieran contentos de verme allí y sobre todo de que Nelson hubiera transmitido en ese entorno la preocupación y el cariño que sentía hacia mí.

De ahí fuimos a mi casa a por ropa y volvimos a la suya, en ella me sentía más cómoda, la mía era querer recuperar los recuerdos obligatoriamente, así no eran las formas, eso me atormentaba, aunque fuera de forma inconsciente, así que en su casa me sentía mucho mejor, hasta él, que lo veía más cómodo y desenvuelto, no era tontería, pero su terreno lo hacía tener más el control y ser más él.

— Quiero proponerte algo — dijo cuando se sentó a cenar.

— A ver, sorpréndeme — esperaba con ansias esa propuesta.

— Cogemos un vuelo y nos vamos a pasar el fin de semana a otro lugar.

— ¿Un vuelo?

— Sí...

— ¿A dónde?

— Elige tú, un destino de Europa.

— No me acuerdo ni de Irlanda donde estuve tres años, así que me da igual, todo será nuevo para mí.

— ¿Me dejas elegir?

— Por supuesto — reí.

— Pues haremos una escapada de tres o cuatro días.

— Vale — me encantaba esa idea.

Esa noche volvimos a dormir abrazos, él era muy meticulouso y atento, no intentaba sobrepasarse, sabía que tenía un tacto impresionante y lo último que quería era hacerme sentir mal por nada.

Por la mañana no estaba en la cama y fui a la cocina, allí estaba con su portátil y tomando un café.

— Buenos días — sonreí desde el quicio de la puerta — ¿Trabajando?

— Buenos días, preciosa. No, gracias a Dios no trabajo con un ordenador — rio y se vino a darme un beso y echar un café.

— Nos vamos a Disneyland Paris — puso mi café sobre la mesa y me dio un beso.

— ¿A Disney? — pregunté incrédula.

— Ya que no recuerdas nada, que mejor que empezar por tu infancia — sonrió con un guiño de ojo.

— No me lo puedo creer — resbalé mis manos por mi cara.

— ¿Te gusta la idea?

— Me encanta — estaba muy emocionada.

— Nos vamos el lunes, este fin de semana tenemos el compromiso de la comida con mi madre y los familiares, así que prepararé todo para el inicio de semana.

— Genial, pero yo pienso pagar, ya está bien de ir por la cara.

— No, te lo regalo yo, no soy rico, pero tampoco me dejaré en quiebra, soy un buen ahorrador.

— Ah no, yo pago. Me niego si no es así.

— Lo hablamos con Mickey.

— No, ese ni nos entenderá, seguro que es francés — reí negando con la cabeza.

— Una cosa ¿Desde cuándo las mujeres pagan? — levantó la ceja.

— No me seas machista — resoplé riendo.

— En la vida, pero soy un caballero.

— Y yo una señora...

— Dirás señorita...

— Bueno, es verdad, que no estoy casada — reí.

Ese día lo pasamos de relax en su casa, fuimos a la mía a coger más cosas, si seguía así al final me mudaba con él, cosa que, por cierto, no me importaba, me sentía segura a su lado, me sentía especial, me sentía ¿Un poco enamorada?

Una tontería pero que me parecía raro era el por qué no me había salido ni un bello en el cuerpo durante ese tiempo, no entendía por qué no me tenía que pasar ni una cuchilla, nada, me lo preguntaba mil veces, hasta que...

— Nelson, tengo una duda que estoy a punto de preguntar al doctor en la siguiente visita.

— ¿Qué te pasa preciosa?

— No me salen pelos en el cuerpo — reí mientras limpiaba el pescado que íbamos a cocinar en una sopa.

— Normal, te hiciste un tratamiento de láser definitivo en Irlanda...

— ¿En serio?

— Ajá, dijiste mil veces que estabas loca de contenta con ello.

— Bah, menos mal que no le dije nada al médico — reí de pensarlo — ¿Entonces no me saldrá más?

— Según lo que tu decías, te tenías que hacer un repaso una vez al año.

— Vaya, me dejas impresionada, menos mal que eres una parte de mi cerebro — le saqué la lengua.

— Soy y seré, todo lo que tú quieras.

Cuando me decía esas cosas con ese tono tan bonito, tan cariñoso, a mí se me hacía un nudo en el estómago, algo que me causaba unas ganas de llorar impresionante, la verdad es que tenía mucha suerte de tener a ese hombre en mi vida.

Esa noche volvimos a dormir abrazados, no se intentó pasar ni un pelo, por un lado, yo lo agradecía, pero por otro tenía algo de ganas de sentirlo dentro de mí, pero me daba mucho miedo a la vez, era una serie de contradicciones que revoloteaban en mi interior.

— Nelson — dije alucinando nada más levantarme apareciendo por la cocina donde estaba preparando el desayuno.

— Dime, preciosidad, buenos días ¿Pasó algo?

— Sí — estaba de lo más emocionada — Quiero preguntarte algo.

— Claro — me agarró por la cintura y besó mi mejilla.

— Nosotros hemos estado en una cabaña sobre un lago alguna vez ¿Verdad? — esperaba su respuesta con ansias.

— ¡Si! ¿Te has acordado? — el brillo de la emoción en sus ojos era impresionante.

— Me veía con un café sobre una barandilla de la caballa, mirando al lago.

— Te encantaba, pasamos tres días y siempre te tomabas el café así, ahí apoyada — me abrazó

emocionado sonriendo.

— Estaba intentando despertarme cuando me vino esa imagen a la cabeza, quiero ir a esa cabaña, sé que podré recordar más.

— Cuando volvamos de París, nos vamos dos días, no está lejos de aquí, además sale muy barato la noche.

— Lo necesito, necesito ir a ese lugar.

— Iremos, que no te quepa duda — me besó los labios con delicadeza, me encantaba.

Pasamos el día en la casa estaba emocionada con ese leve recuerdo, salimos al super y poco más, preparamos comida y nos reservamos para ir al día siguiente a casa de su madre.

A la mañana siguiente nos fuimos directos a casa de su madre, con una botella de vino, un queso que habíamos comprado y con ganas de echar un buen día, de todas formas, yo no iba a beber, aún estaba con un tratamiento y no iba a hacer ninguna locura.

Llegué y ahí estaba su mama con su hermano Joaquín y Pepe, además de dos de sus hijas Marisa y Clara, me cayeron muy bien, ya me conocían, como no, nos habíamos tomado un café con ellas un día, pero claro, yo no lo recordaba, tenían una peluquería en el pueblo de al lado y prometí ir en breve a hacerme un corte, necesitaba dar forma a mi cabello, desde que entré en ese hospital estaba natural como la vida, tenía que ponerme un poco a la moda.

Tras ese día con ellos nos fuimos a su casa, al día siguiente fuimos a la mía a preparar la maleta, al día siguiente salíamos para París, así que volvimos a la suya y pasamos la tarde relajados, luego nos fuimos a dormir temprano ya que el vuelo salía demasiado temprano, al ser de Low Cost esos eran los horarios que ofrecían, pero a nosotros nos daba igual.

Capítulo 5



Y ahí estaba, en el vuelo montada a punto de despegar y con la sensación de terror que jamás pude haber imaginado.

- Me muero, de esta me muero – el avión cogiendo velocidad en pista y yo sujeta a los reposa brazos como si se me fuera la vida.
- No te mueres, no seas exagerada – negó con la cabeza.
- El avión se despegó del suelo y me entraron unos sudores fríos que pensaba que no lo soportaría.
- Tranquila, es uno de los medios más seguros – me acariciaba la mano.
- Calla, ni me hables – me estaba poniendo pálida y él sonreía mirándome, intentando tranquilizar.
- Pero relájate, mujer – negó con la cabeza riendo.
- No me digas ni media, estoy que me va a dar algo.

El avión se estabilizó en el aire y ya respiré aliviada.

- Eres una exagerada – dijo negando mientras sonreía.
- No me vengas con esas, demasiado que me comporté para ser mi primera vez – hice un

entrecomillado con mis dedos.

- Vas a tener muchas primeras veces por lo que veo – sonrió de forma pícaro.
- Uy, te veo venir – reí.
- No, solo que por esa regla de tres todo será para ti como una primera vez.
- ¿Y? ¿Tienes envidia? – pregunté tomándomelo a bromas.
- Pues claro – me hizo un guiño.

Y esa era la realidad, que todo era nuevo para mí, no las cosas cotidianas, a ver, yo sabía que era el azúcar, la leche, el café, los árboles, esas cosas sí, de todo tenía el mínimo concepto sobre ello, pero claro, no recordaba el momento en que probé las cosas, las salidas, los estudios, pero escuchaba la tele y entendía de que hablaban en muchas cosas, era algo muy raro, estaba conectada a todo, pero sin recordar nada de vínculo antes de ese momento.

El vuelo lo pasé mirando todo el tiempo por la ventanilla, eso de ver las nubes y sobre todo cuando llegamos a París me impresiono esa vista a modo pájaro, increíble, el momento descenso también tuvo lo suyo, cuando tocó suelo me agarré al sillón de adelante en la frenada y parecía que se me iba la vida.

- Martina, no seas exagerada – volteó los ojos.
- Mira Nelson, esto es para cagarse, con el perdón de la palabra, a la vuelta me voy andando.
- Claro, sobre todo andando – se rio negando.

Llegamos al aeropuerto de Paris y cogimos un taxi hasta el parque, nos quedamos en todo el corazón de allí, era temprano, así que dejamos las cosas en la habitación que por cierto era de princesas y nos metimos en el parque.

- Me muero, Winnie the Pooh, quiero una foto con él – dije poniéndome por el lado de pase rápido, habíamos comprado un Fastpass para no esperar colas.

- Ponte, ponte – sacó el móvil riendo – había flipado, había buscado en internet todos los muñecos de Disney y ese me pareció entrañable, ya tenía ganas de ver a todos.

Cuando me dijo que me pusiera, abracé aquel osito gordito con tantas fuerzas que una voz de pito me dijo;

- Pues sí que me quieres – me produjo una carcajada y le di un beso.

Me fui corriendo al móvil de Nelson a mirar las fotos y me encantaban, estaba de lo más contenta.

- ¿Cómo se llama eso que llevan en las manos esas chicas?
- Gofres ¿Quieres uno?
- Sí, creo que me va a encantar, algo me dice que yo era adicta a ellos – levanté la ceja.
- ¿En serio?
- No, pero tienen una pinta que invita a comerlo, lo quiero de chocolate – provoqué una sonrisa en él y nos pusimos en el puesto para cogerlo.

Luego nos fuimos a un lado a comer el gofre y tomar un café que también habíamos comprado, además era zona de fumadores y Nelson aprovechó para fumarse uno, no fumaba mucho, quizás cuatro cigarros al día o incluso menos.

- Nelson...
- Dime, guapa.
- ¿Yo fumaba antes del accidente?
- Sí – rio – no te quise decir nada, pero sí que fumabas y mucho, te decía yo que eras una carretera fumando, espero que ya no te vuelvas a enganchar.

- Dame una calada...
- No, no me busques – me dio un beso.
- Quiero una calada – me crucé de brazos en plan enfado.
- Martina, no – yo estaba bromeando, no me apetecía, pero me gustaba buscarle la lengua.
- Nelson...
- ¡Vamos! – apagó el cigarro y tiro de mi mano riendo.

Ese día viví unas emociones impresionantes, me tiré foto con todos los personajes que iba viendo, Nelson no dejaba de sonreír, le hacía muy feliz verme así.

Vimos al final de la tarde la cabalgata y por la noche los fuegos artificiales, llegué al hotel con las piernas muertas de saltar, correr, andar, me lo había pasado en grande.

Nos duchamos y nos fuimos a la cama, nos pusimos boca arriba a ver todas las fotos.

- Me lo he pasado como una enana.
- Ni que lo digas.
- Mañana más y mejor.
- Sí, pero no en el parque.
- ¿Cómo?
- Mañana toca ciudad, nos vamos a pasar el día a París.
- ¿En serio?

- Sí, pasado mañana toca esto de nuevo, pero mañana no – me hizo un guiño.

- Me muero por ver la Torre Eiffel.

- Pues mañana la verás – se pegó a mí, me rodeo por la cintura y me beso con pasión, yo estaba deseando ese beso que me daba todas las noches, ese beso que día tras día, me iba enamorando de sus labios más.

- Nelson...

- Dime – miraba mis labios y sonreía.

- Gracias por todo.

- ¿Otra vez? – me dio una palmada en el culo y me sacó una sonrisa.

- No puedo dejar de dártelas – me tiré encima de él y lo besé, me abrazó emocionado de ver que había dado ese paso.

- Gracias por darme esta segunda oportunidad – me devolvió el beso.
- Nos la damos los dos...

- Tienes razón.

Nos quedamos un rato así, yo encima, el acariciándome la espalda por debajo de mi camiseta, mientras me besa, miraba, sonreía, jugueteaba con mis labios y me hacía sentir la mujer más feliz del mundo.

No llegamos a más, yo sabía que me estaba dando mi tiempo, al igual que sabía que yo lo necesitaba, me daba miedo profundizar del todo, tenía ganas, por supuesto, pero me daba pavor quedarme bloqueada y tenía eso metido en la cabeza, no sabía que me pasaba, pero lo que tenía claro es que yo, me estaba volviendo a enamorar de Nelson.

Capítulo 6



- Buenos días, Frozen – bromeó mientras me daba un beso en la mejilla.
- Buenos días, Winnie the Pooh – le saqué la lengua.
- ¿Me estas llamando gordito u osito? – levantó la ceja.
- Las dos cosas.
- Vaya... - me dio un beso en los labios.
- Nelson, vamos que tengo ganas subir a la Torre.
- Vaya, pensé que te conformarías con verla desde debajo.
- Sí hombre, ya que estoy ahí subo.
- Pues claro – sonrió negando, le encantaba buscarme la lengua.

Bajamos a desayunar y lo mejor de todo era que las princesas de Disney iban amenizando el restaurante, las crías estaban locas tirándose fotos con ella, yo por supuesto también me las tiré.

Un taxi nos llevó a los pies de la Torre Eiffel.

- Wala – me bajé del coche alucinando, mirando como imponía aquella torre.

París me impresionaba, todo lo que vi por el camino en ese taxi me llamaba la atención, muy Cosmopolitan, unas calles señoriales como la vida misma, llena de edificios que imponían, estaba alucinada con aquella ciudad.

Subimos a la planta donde estaba el restaurante, él entró a por dos cervezas, la mía sin alcohol.

Me apoyé en la barandilla para mirar la ciudad y tuve que cerrar los ojos, inmediatamente, me había teletransportado a otro momento, me había venido una sensación de...

- Toma – dijo Nelson cortando mi pensamiento.
- Yo he estado aquí. ¿En París?
- Sí y aquí, yo había tenido esta impresión antes, yo había visto estas vistas...
- ¿Qué más recuerdas?
- No es eso, fue asomarme y es como si mi cuerpo volviera unos años atrás y estuviera viendo lo mismo, no recuerdo más nada, solo sentí y me vino un flash de ese momento.
- Vaya...
- Me encantó esa sensación, ahora estoy segura de que estuve aquí, miro y sé que estuve, no me cabe la menor duda.
- Deberías de ver todas las fotos que tienes guardadas en tus discos duros, sabrás en que lugares estuviste, que personas conociste, que amigas tuviste.
- Vi unas cuantas del móvil hasta del mismo día del accidente, que íbamos en el coche, algunas de otros días antes y lo pasé muy mal, contra más retrocedía más daño me hacía, quizás necesito tiempo para volver a ver todo lo de atrás, comprende que fallecieron mis padres y claro que me duele, pero es un dolor vacío, no me acuerdo de ellos – me puse a llorar.
- Tranquila, te entiendo, todo es cuestión de tiempo – me abrazo.

Pasamos por muchos de los lugares más emblemáticos, me encantó pasear por el barrio Latino, no perdimos el tiempo en entrar en ningún museo, ni lugar, solo íbamos a estar ese día, así que aprovechamos para ver por fuera todo lo que pudimos.

Y cenamos en París, en un lugar de lo más bonito y divertido, con un teatro a modo Cabaré, con una actuación que era digna de disfrutar, era un momento que se quedaría grabado en mi retina.

Volvimos de nuevo al hotel, al llegar nos tiramos del tirón en la cama, ese día también nos habíamos dado la paliza, pero es que todo merecía la pena.

- Nelson...
- Dime Pocahontas – bromeó.
- Mañana quiero vestirme de princesa.
- Y lo dirás en serio – le entró un ataque de risa.
- No, no lo digo en broma, lo digo totalmente en serio – puse gesto de ofendida.
- ¿Blancanieves?
- No, esa es muy hortera.
- ¿Cenicienta?
- No, esa la tenían de sirvienta.
- ¿Entonces?
- La bella – le hice un guiño.
- ¿Esa no era la que estaba con la bestia?

- Ajá...

- Vaya y eso no te importa ¿Tan feo soy? Ya por curiosidad – su gesto era de quererme hacer cosquillas y me lo estaba viendo venir.

- No, para nada – dije para librarme, la verdad es que era precioso, pero me encantaba buscarlo, aunque a veces me costaba, cada vez me era más fácil soltarme.

Y me libré de las cosquillas, pero no de ese abrazo que nos llevó a un precioso, largo e intenso beso de buenas noches.

Capítulo 7



Miré a Nelson que dormía, estaba loca por volver al parque, el día anterior en París me encantó, pero la magia del parque el primer día, fue algo subliminal.

- Vamos, Nelson, que hay que desayunar – dije dándole unos golpecitos en el culo como si fuera un bebé.
- Me niego, a mi o me dan un beso de película o no me levanto – dijo abrazándome.

Lo besé por qué lo estaba deseando, pero esta vez lo besé de forma diferente, pegándome bastante, dejando que sus manos comenzaran a volar por mi cuerpo, a acariciar mi espalda con intensidad, mis glúteos, mientras yo estaba encima de él, notando como su miembro se venía arriba, comprendiendo que había llegado el momento que ahora sí, era la hora de que pasara lo que tanto estábamos deseando.

Y me acarició todo el cuerpo, con esas manos que también sabían manejar cada parte de mi piel, con esa intensidad que daba a los besos, con esos gemidos que iba consiguiendo que salieran de mí cuando comenzó a tocar mi zona.

Me penetró con sensualidad, además de con cuidado y cuando lo tuve entrando y saliendo de mí, comenzaron a salir las lágrimas.

- ¿Qué te pasa? – se paró en seco.
- Sigue, solo que este momento también lo recordé haberlo pasado contigo – dije emocionada.
- ¿En serio?

- Sigue, por favor – y continuó entrando y saliendo mientras me miraba con rostro excitado, pero a la vez de emoción, sabía que le había gustado eso de que hubiera recordado de haber estado así en otro momento.

Me encantó hacerlo con él, lo debería de haber hecho una semana antes, pensé mientras me duchaba, sonriendo mientras él no dejaba de enjabonarme de forma divertida.

Mi vida junto a él en esa nueva etapa era algo más que agradecimiento por estar a mi lado, por arrojarme en tan duros momentos, era algo mucho más que eso.

- Entonces nos toca Disney – dijo mientras bajamos a desayunar.
- Y me voy a vestir de Bella – saqué la lengua.
- ¿En serio lo estás diciendo? – arqueó la ceja.
- Totalmente en serio, no te quepa duda.

Desayunamos de nuevo con esas princesas dando los buenos días a todos los niños y adultos del hotel, había padres más emocionados que sus propios niños.

Entramos al parque y me fui directa a una tienda donde vendían los trajes de las princesas, vi el de Bella y no me lo pensé, luego entré a un baño y me cambié, llevaba unas mayas y una camiseta, así que la metí en el bolso y casi no hicieron bulto, me puse ese vestido y me sentí guapísima, me reí al imaginar la cara de Nelson que me esperaba fuera muerto de risa.

- Ole las princesas bonitas – dijo al verme sacando su móvil.
- ¿A que estoy guapa? – aplaudí emocionada saltando.
- Preciosa.
- Deberías de vestirte de Bestia.
- No – jaló de mi mano antes de que siguiera dándole la brasa.

- Tú te lo pierdes – le saqué la lengua – por cierto, quiero un Gofre.
- Allá vamos, un gofre para mi princesa más bella.

Y ahí iba la princesa más bella de lo más feliz, la gente me miraba sonriendo, no riendo, que no es lo mismo, inclusive alguna niña se puso a mi lado para tirarse una foto y por supuesto las dejé, las madres sonreían negando con la cabeza por la inocencia de esas niñas, que tan feliz se les veía.

Lo mejor de todo cuando me hice la foto con el de Star Wars, esa quedó genial, yo de Bella y él con ese casco y esa capa, todo de negro, tan mecanizado, miraba la foto una y otra vez emocionadísima.

- No puedo más – dije después de esos fuegos artificiales.
- Yo sí puedo con los dos – dijo en tono divertido cogiéndome en brazos.
- Nelson, te imaginas, solo falta tu vestido de poli, y yo así de Bella, sería una estampa...
- Sería para darme hostias – rio mientras seguía sosteniéndome en brazos mientras andaba y yo iba a su cuello de lo más feliz con mi vestido.
- Nelson...
- Verás lo que me vas a solar – se notaba que me conocía.
- ¿Hoy lo vamos a hacer por segunda vez? – pregunté riendo.
- Bueno para ti será la segunda, para mí...
- Ya, para ti muchas más – puse los ojos en blanco y reímos.

Me bajé y entramos al hotel, nos fuimos para la habitación y me tiré en la cama con el vestido, él me echó la falda de este hacia arriba y comenzó a besar mis entrepiernas, yo me quedé con la

falda por mi cara mientras gemía de placer, sus dedos, sus labios, sus manos, todo era una verdadera sensación de excitación.

Me quitó el vestido completo, ya me tenía desnuda ante él, mirándome con esos ojos de excitación que me hacían subir por las paredes, sus labios se fueron para mi zona húmeda y es cuando salió todo de mí, esos gemidos sin treguas y ese orgasmo que apareció en nada, más rápida y no me entero, pero es que me hacía estremecer con solo una caricia.

Luego vino la penetración, me agarré a esos brazos firmes y duros que se apoyaban a cada lado de mi cuerpo mientras me lo hacía sin dejar de mirarme a los ojos, con esa media sonrisa que me enamoraba por minutos, eso fue uno de los mejores momentos del día, sentirlo dentro de mí, para mí, en esos instantes.

Capítulo 8



Ese día era la vuelta, así que desayunamos con calma y luego cogimos un taxi para el aeropuerto.

El número volvió a llegar cuando el avión cogió velocidad y yo acojoné de nuevo, él me miraba negando mientras reía.

Una vez estabilizado el vuelo volví a ser persona, me relajé.

- Me da mucha pena que terminé esto tan rápido – hice un gesto de tristeza y me abracé a su brazo.
- ¿Terminar el que?
- Esta escapada... - me encogí de brazos.
- No des todo por sentado – dijo haciéndome un guiño.
- No te entiendo, pero vamos, que vamos de vuelta – le saqué la lengua.
- Volver al punto de salida, no significa, terminar la aventura...
- No te entiendo, de verdad – negué con la cabeza – cuando te pones enigmático, te metes en tu papel de poli y no hay Dios que te entienda.
- Ya serás menos – su tono bajo me hacía encender, me encantaba de la forma que me

miraba con esa media sonrisa.

Y nos tocó aterrizar y otra vez me enganché al sillón de delante como si se me fuera la vida en ello y por fin después se paró el avión y me puse a aplaudir de la alegría, provocando que los demás pasajeros también lo hicieran.

Salimos a por las maletas y nos fuimos al coche que estaba aparcado en la terminal, el camino no me sonaba, aquello no iba para nuestras casas, ni siquiera para nuestro pueblo, pero yo sonreía viendo como a él no se le quitaba la cara de enigma y felicidad, con esa media sonrisa.

Paró a un lado de la carretera y entró a recoger algo a una especie de agencia, se montó en el coche y me dio un pañuelo largo.

- Póntelo en los ojos, por favor – dijo ayudándome a ello.
- Nelson, esto me pone realmente nerviosa.
- Bueno, a veces las sorpresas merecen la pena.
- Uff – hice un gesto de impotencia con las manos y me eché a reír.
- No te quejes – decía mientras conducía.

Un rato después paró el coche.

- No te muevas hasta que yo diga – sentí como se bajaba.

Noté como un ruido de una puerta, tardó como cinco minutos y luego vino a por mí, me ayudó a bajar del coche y me ayudo a ir hasta donde él quiso.

- ¿Preparada?
- ¡No lo sé! – solté una carcajada – Venga, preparada – resoplé nerviosa y me quitó la cinta
- ¡No! – me eché a llorar de la emoción, de los sentimientos y de que me estaban viniendo

muchos flashes de recuerdos.

Ante mí tenía el lago, el café sobre la barandilla de la cabaña, estábamos ahí de nuevo, los dos solos, yo cerraba los ojos podía ver miles de imágenes de él echándome un vino en esa terraza, de nosotros desayunando, mirando al lago.

- ¿Estás bien? – me abrazaba por la espalda con su cabeza sobre mi hombro.
- Estoy recordando algunas cosas – las lágrimas no dejaban de brotarme, cogí el café y le di un sorbo – Sí que lo hiciste rápido.
- Es una máquina de capsulas – me besó la mejilla.
- Gracias – estaba emocionada, tenía un nudo en la garganta, hasta me vino un recuerdo del interior de la cabaña – tengo que entrar – dejé en la barandilla el café y entré – Sí, era como lo que había recordado – lloré más si podía.
- Éramos muy felices – dijo llorando con tristeza.
- Lo sé, lo puedo sentir.
- No eran dos meses cualquiera, vivimos muchas cosas en ese tiempo, cuando tuviste el accidente...
- ¿Qué pasó?
- No sé si te lo debo decir aún.
- Quiero saber todo, Nelson.
- Dos días antes de tener el accidente, nos enteramos de que íbamos a ser padres – dijo entre lágrimas.
- ¿Perdí un bebe? – pregunté sin poder dejar de llorar.

- Sí, además uno que no esperábamos pero que a pesar del poco tiempo que llevábamos teníamos claro que lo queríamos tener, estábamos muy felices con ello, pero el accidente nos lo arrebató, al igual que a tus sentimientos, esos que sueño poder volver a recuperar del todo.
- Yo te amo, Nelson...
- Lo sé, lo noto, pero me encantaría que pudieras sentir aquella fuerza que nos unió desde ese primer día del beso.

Aquello me había producido un poco de shock, añadido a la pérdida de mis padres, que odiaba el no poder recordarlos, estaba deseando que llegara esos flashes de recuerdo con ellos, los necesitaba visualizar de alguna forma.

Una pequeña furgoneta vino hasta la cabaña y comenzó a bajar bolsas del super, Nelson lo tenía todo preparado, con él nada se iba de las manos, sonreí mientras la adentraban, luego salió a pagar y entró.

- Todo siempre tan pensado – sonreí.
- Soy precavido – me dio un abrazo.
- Eres mi gran amor – dije besándolo con pasión y sacándole la mejor de sus sonrisas.

Preparamos todo, ya era tarde, así que Nelson se puso a preparar la cena y yo a ordenar un poco aquello, entre las maletas, las compras y todo, al final estaba todo de por medio.

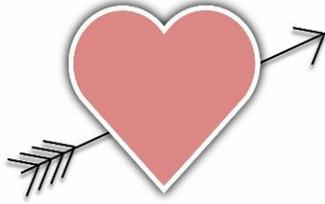
Nelson puso música en su móvil y comencé a cantar aquella canción de Pablo Alborán “Solamente tú”, él me miró mientras yo lloraba cantándola, recordé como me la ponía en esta misma cabaña la otra vez.

Cenamos en la terraza mirando al lago, aquello era demasiado, cada vez me venían más recuerdos vividos con él en aquel lugar, me los confirmaba todos, yo estaba emocionada con aquello.

Esa noche lo hicimos como si no hubiera un mañana, su parte más sensual y atrevida salió de él,

me encantaba como me tocaba, como me llevaba, como me hacía sentir, me gustaba todo de él.

Capítulo 9



Esa mañana me encantó escuchar como preparaba el desayuno, me había levantado muerta de hambre, así que salí corriendo a la cocina a comerlo a besos y robar un poco del pan que ya estaba tostado.

- Me encanta verte así de sexy – estaba con una camiseta fina sin sujetador y solo llevaba las bragas.
- Puedes... Pero después del desayuno – reí.
- Me lo cobraré, no te quepa duda – me pego a él y mordisqueó mis labios.
- Te amo – me salió del corazón.
- Yo sí que te amo, vida – me abrazó con fuerzas.

Nos sentamos en aquella terraza a tomar el café y comer las tostadas, mirar a aquel lago me llenaba de vida, me llenaba de todo lo que nadie se podía imaginar, se estaba convirtiendo de nuevo en aquello que dejé tras ese accidente, era algo importante en mi vida, era más que un deseo, era todo lo que me hacía sentir feliz.

Paseamos un rato por aquel lugar, ir de la mano de Nelson me traía infinidad de recuerdos, ese paseo también lo había hecho con él.

Mi día con él en aquel lugar estaba siendo más impresionante de lo que nunca me imaginé, recuerdo tras recuerdo llegaban a mi cabeza, estaba comenzando a atardecer...

- ¿Lo recuerdas también?
- Sí – dije ese momento en el que abría la botella de vino y eso yo ya lo había vivido.
- Bueno, será tu primera copa después de mucho tiempo.
- Pues hoy tengo ganas de emborracharme - reí sentada en aquella terraza mirando al lago.
- No, emborrachar no te dejaré que lo hagas, pero una copa o dos sí – me hizo un guiño.
- Si hombre, ahora me vas a medir la cantidad ¡Lo que me faltaba!
- Estás bajo mi cuidado – se acercó y me beso antes de darme la copa.
- Bueno, con la condición de que luego me compenses – dije con picardía.
- Eso no lo dudes – volvió a besarme.
- Nelson...
- Dime – dio un trago mientras esperaba que le dijera.
- Quiero irme a la cama – solté una carcajada y él puso su copa en la mesa y me quitó la mía, se sentó y me sentó de lado encima de él.
- Nos tomamos esto, luego cenamos la ensalada que preparé y ya después nos vamos a la cama – acariciaba mi entrepierna, ya me había cambiado y solo me puse una camiseta, me encantaba estar sexy para él y a él, le volvía loco verme así.
- No sé si aguantaré tanto – puse cara de puchero.
- ¿En serio?
- Ajá...

- Podría hacer algo – su mano se metió por debajo de mi braga.
- No estaría mal – me mordí el labio de forma sensual.
- Pues yo creo que no será difícil – uno de sus dedos entrando en mi interior me hizo soltar un gemido.

Sonreí abriendo mis piernas para que me tocara de forma más fácil, mientras lo miraba sonriendo, mordéndome el labio, mientras la respiración se me agilizaba.

Sus manos se perdían en mi interior jugueteando, luego salieron y comenzaron a tocar mi zona sensible, me tuve que girar y dejar mi cabeza apoyada a él, de espaldas, mirando al lago mientras sus dedos me llevaban a un brutal orgasmo.

- Me muero – dije sin poder moverme.
- Tú te mueres muchas veces al cabo del día – note como se rozaba con su pene.
- Ummm, deberíamos...

Me levantó, me apoyó a la barandilla, me quitó las bragas y me penetró, ahí mirando al lago, con unos movimientos que parecían que me iban a reventar, pero yo chillaba de placer, yo quería llegar a eso que sabía que sería otro orgasmo, con él, aquello, se estaba convirtiendo en mi vicio.

Terminamos de hacerlo y me puso la copa en la barandilla.

- Te lo mereces – mordió mi oreja.
- ¡Capullo!
- Serás...

Entró al baño y yo me quedé ahí, feliz por esos momentos que me hacían sentir vivir un sueño, estar

con él.

Volvió con la ensalada que la puso sobre la mesa, yo entré a por los platos y demás cosas, nos sentamos y Nelson derrochaba felicidad en su rostro, sabía que había conseguido que él sintiera que había merecido la pena esa lucha constante por estar a mi lado.

Después de la cena nos fuimos a la cama, como no, volvió a pasar lo inevitable, entre nosotros se mascaba una gran tensión sexual.

Capítulo 10



Tocaba despedirse de la cabaña ese día, así que recogimos todo y fuimos a esa agencia a entregar las llaves, estaba cabizbaja, pero por otro lado sabía que lo tenía a mi lado las veinticuatro horas, tampoco me podía quejar.

Fuimos para su casa directamente, de ahí soltamos las cosas y nos fuimos a ver a la madre de Nelson, nos esperaba para comer.

- Qué alegría ver a los viajeros por aquí – dijo emocionada abrazándonos a la vez.
- Gracias, Malena – dije apretándola con cariño.
- Pasad, os tengo ya la mesa preparada, la mejor carne a la campera que habréis comido jamás – dijo emocionada.
- No me cabe duda – sonreí.
- Bueno, mi madre para la cocina es una fuera de serie – dijo Nelson mirando la olla gigante que contenía la carne.
- No me seas pelota – le dio una colleja a modo broma.
- Pues nada, hala, la peor cocinera del mundo – le sacó la lengua bromeando.
- Tampoco te pases hijo...
- Pues aclárate – provocó una carcajada en los dos.

La carne con verduras estaba de muerte, cuando nos sentamos no dejaba de mirar la buena pinta

que tenía y al probarlo...

- Malena, esto está buenísimo...
- Me alegro de que te guste cariño – dijo emocionada.
- Y a mí me das collejas ¡Qué mala madre! – bromeó Nelson.
- Calla o cobras de nuevo – le sacó la lengua provocando una risa en nosotros.

Cuando terminó la comida se puso a prepararnos de la olla para que nos lleváramos para otro día.

- No hace falta – dije mientras nos la preparaba.
- Sí que hace – dijo Nelson en tono bromista – Claro como yo soy el cocinero, tú no te tienes que ahorrar el trabajo de una comida.
- Qué morro tienes – le hice una burla.
- A mí no me cuesta trabajo, siempre hago de más y le mando cacerolas con todo, además esto – saco otro recipiente de la nevera – es para ustedes también, son albóndigas con tomates.
- ¡Qué buena pinta! – dije al verla.
- Pues listo ya tenéis para llevaros para dos comidas, para que el chaval – lo señaló con el dedo y me hizo un guiño – se ahorre dos comidas.
- Eso, no se vaya a doblar la espalda – bromeé.
- Me abstengo a contestar – dijo Nelson cruzándose los brazos.
- Más te vale, puedes salir mal parado – dijo su madre amenazándolo con el cucharón con el que sacaba la comida.
- No, yo ya paso, de pelear con dos mujeres ni me arriesgo, lo que ustedes digáis yo a sus órdenes – hizo un gesto de ironía provocándonos unas risas.

Nos despedimos de Malena y nos fuimos a su casa, la verdad que su madre me parecía de lo más

entrañable me hacía sentirme muy querida, respetada, mimada y cuidada, como si fuera una parte de mi madre.

- Estás un poco triste ¿Te pasa algo? - me abrazó.
- Estaba pensando en tu madre, me gusta cómo me trata.
- Y que te trate mal si es capaz – bromeó haciéndome cosquillas.
- ¡Quita! – grité nerviosa – No me seas tonto, sabes a lo que me refiero.
- Te ganas a la gente, Martina.
- Ya, pero no sé, demasiado bonito se porta conmigo.
- Como te mereces, ni más ni menos...
- Bueno, pero tú me entiendes – reí.
- Siempre te entiendo – me pegó fuerte contra él y comenzó a besarme...

Capítulo 11



Habían pasado varios días desde que volvimos de esa escapada, ya tenía media casa trasladada a la de Nelson, cada vez llevaba más cosas de mi armario, de mis objetos personales, pero es que era lo que nos apetecía.

Esa mañana me levanté sobresaltada.

- ¿Estás bien, vida?
- Recuerdo a mis padres – me incorporé en la cama y me puse abrazada a mis rodillas a llorar.
- Eh, vida, pero es bonito.
- Sí, pero ahora me duele más que nunca no poderlos abrazar.
- Te entiendo – me rodeo con sus brazos y besó mi cabeza.
- Eran muy buenos conmigo...
- Eran unas grandes personas, además de unos padres ejemplares, ya te lo dije, cariño.
- Me duele más que nunca su pérdida, me duele en el alma – no dejaba de llorar.
- Es normal, Martina, es normal – me abrazaba de forma que quería saciar mi dolor.
- ¿Sabes?
- Dime...
- Si no fuera por ti, yo estaría muy perdida ahora mismo.

- ¡No digas eso! – cogió mi cara con sus manos y me besó.
- Es la verdad, Nelson, es la verdad. Me arrancaron la vida de golpe, se llevaron los pilares de mi vida y de repente apareces tú y me ayudas a volver a montar el puzle.
- Y aquí estaré, seguiré, no te quepa duda y ahora, nos vamos a desayunar, así que entra al aseo tranquila que te espero en la cocina, date una ducha y preparo el desayuno.
- Gracias, me conoces como nadie.

Me quedé en la ducha pensando en mis padres, cuánto daría por abrazarlos, cuanto daría por todo, me estaban viniendo demasiados recuerdos a la mente, comencé a recordar hasta mi estancia en Irlanda, lloraba como una niña chica.

Me vestí y salí a la cocina, ya me había calmado de llorar, pero no sé para qué, lo que mis ojos vieron, era lo que haría que ahora llorara de verdad.

Una pancarta en lo alto del medio de la cocina, llena de corazones:

“¿Quieres casarte conmigo?”

En el suelo de rodilla Nelson, con un anillo sobre su mano y sonriendo.

- No me lo creo – lloraba mirando todo, hasta una tarta en forma de corazón entre medio de los dos cafés.
- Quiero que seas mi familia, oficialmente, que creemos una vida entre los dos.
- Y yo – me tiré a sus brazos y como no, nos caímos al suelo, muerto de risa y llorando a la vez.

En el mismo suelo es donde me puso el anillo, donde confirmamos que los dos queríamos dar ese

paso, donde comprendí, que mi vida se quedó partida en aquella carretera, pero que cuando desperté en aquel hospital, la vida me había dado la oportunidad de no estar sola, que había un hombre que me amaba, ese que ahora me abrazaba en el suelo emocionado tanto como yo, donde mi vida comenzaría en ese momento junto a él y lo mejor de todo, es que me volvió a enamorar de nuevo...

Boda



Había llegado el día más feliz de mi vida, el día que le daría el “Sí, quiero” al hombre con el que quería compartir el resto de mi vida.

Al amor de mi vida.

Ese día el pueblo era diferente, estaba de celebración. Llegué a la plaza y allí me esperaban todos nuestros amigos, vecinos y nuestra familia, porque así es como yo consideraba a la familia de Nelson.

Sus primas y su madre, quien se convertiría en mi suegra, fueron quienes me ayudaron a vestirme y del brazo de su tío, crucé la plaza hasta el altar que habíamos montado allí.

Todo estaba más bonito de lo que jamás pude imaginar.

Miraba a la gente sonriendo, emocionada, sin poderme creer que fuera a vivir ese momento.

Me estaba acercando a la felicidad.

Formando un pasillo estaban los compañeros de Nelson, vestidos de uniforme y mirándome con una gran sonrisa. Yo miraba a todos, nerviosa y emocionada.

Hasta que lo vi a él, entonces la calma me invadió. Necesitaba sentirlo cerca ya.

- Hola... —sonreí cuando su tío me entregó.
- Dios mío, Martina... —dijo emocionado— Estás preciosa.
- Tú también estás muy guapo —sonreí.

- ¿Preparada para el resto de nuestras vidas?
- Contigo, siempre —dije con seguridad.

Nos giramos a mirar al sacerdote que oficiaría la ceremonia. Y cuando llegó el momento del “Sí, quiero” y del beso, supe que ese hombre sería, siempre, mi felicidad.

Los vítores de los invitados nos hicieron terminar con el primer beso como marido y mujer. Nelson los miró y exclamó:

- ¡Hora de celebrarlo!

Y todo el mundo pareció volverse loco.

El pueblo entero había convertido ese día en la celebración del año.

La plaza se transformó inmediatamente. Las mesas preparadas y adornadas para un banquete que prometía ser largo. Solo había que ver cómo estaban disfrutando todos del día más importante de mi vida.

Comida y bebida por doquier, la música de fondo y todo el mundo que era importante para mí, acompañándome.

- ¿Qué te pasa, mi amor? —me preguntó Nelson, sacándome de mis pensamientos. Estaba mirando a la gente disfrutar, tomándome una copa de vino.
- Nada —sonreí con tristeza sin poderlo evitar.
- Te están viendo —sonrió—. Siempre te estarán viendo.

Afirmé con la cabeza mientras algunas lágrimas corrían por mis mejillas. Él me conocía bien y sabía, sin necesidad de contarle, qué estaba sintiendo en cada momento.

- No quiero ver a la novia más guapa del mundo llorando —dijo mi suegra, apareciendo por detrás nuestra.
- Echa de menos a sus padres —Nelson acarició mis mejillas y limpió mis lágrimas.

Mi suegra se puso delante de mí y me cogió las manos.

- Siempre estarán ahí —miró mi pecho, refiriéndose a mi corazón—. Y siempre estarán en tus recuerdos. Y allí donde estén ahora, estoy segura de que están celebrando lo felices que vais a ser.
- Lo sé —dije emocionada.
- Yo jamás podré sustituirlos, pero me tienes aquí —me guiñó un ojo—. Así que sonrío porque no les gustaría verte triste y disfruta de la felicidad de este día.
- Y de la vida —dije emocionada.

Le di un abrazo y me aferré a Nelson, sonriendo porque ambos tenían razón. Ellos no estaban físicamente allí, pero estarían siempre conmigo, en cada momento de mi vida, en mi mente y en mi corazón.

Abrazada a mi esposo, volvimos a la mesa. Me senté y Nelson cogió una copa para hacer un brindis. Todo el mundo se quedó en silencio, esperando las palabras del novio.

- Que sepáis, antes que nada, que me hace muy feliz teneros a todos aquí —los vítores y las palmadas resonaron en el ambiente y Nelson pidió silencio para seguir hablando—. Quien me conoce y conoce a quien ya es mi esposa, sabe que no lo tuvimos fácil. Un accidente pudo acabar con nuestra historia. Gracias a Dios, ahora está a mi lado —me miró y sonrió—. Desde que te vi, algo me acercó a ti. Tuve mucho miedo a perderte, por si nunca te lo había dicho, porque en ese momento ya eras parte de mi corazón. Eras parte de mí —empecé a emocionarme de nuevo y no podía dejar de mirarlo a los ojos, hasta que él volvió a mirar a los invitados—. Esta mujer que hoy se ha convertido en mi esposa, es la persona más luchadora y fuerte que conozco. Nunca se rindió y volverla a enamorar fue el mayor reto de mi vida. Lo conseguí y hoy me ha hecho el hombre más feliz del mundo. Delante de todos quiero prometerle algo —volvió a mirarme, me ofreció su mano y yo la acepté, levantándome y cogiendo también la copa que me ofrecía—. Quiero prometerte que te amaré cada día y que

eres la persona más importante que tengo. Te has convertido en mi mundo y haré lo que sea para que siempre seas feliz. Te amo, Martina y espero poder poner siempre una sonrisa en tus labios. Desde hoy, vivo solo para eso. Gracias por hacerme el hombre más afortunado del mundo —chocó nuestras copas y bebí sin poder dejar de llorar. La dejé en la mesa a la vez que él y le correspondí al beso de amor que me daba mientras los demás aplaudían y gritaban “¡Que vivan los novios!”

Éramos mucho más que eso, éramos dos almas gemelas que se habían encontrado y que no pensaban separarse.

Como Nelson bien dijo, éramos el mundo del otro.

Yo también me sentía dichosa, feliz por tener a mi lado al hombre que amaba y en paz, sabiendo que la vida, aunque nos pondría a prueba más veces, nosotros lograríamos superarlas mientras estuviésemos juntos.

- Te quiero —dije sobre sus labios.
- Espero que me lo digas cada día —sonrió.
- Te vas a aburrir de tanto que lo vas a escuchar —le guiñé un ojo.
- Jamás me aburriría de eso, Martina —dijo serio.
- Bueno, ya basta de tanta ñoñería, ¡a bailar! —gritó mi suegra haciéndome reír.

La música subió de volumen y la gente, acercándose a la barra libre después de la comida, pidiendo sus bebidas y yéndose a la pista de baile que se convirtió en el mejor lugar de toda la ceremonia.

Risas, alegría y amor, eso fueron los ingredientes de mi boda.

¿Qué más podía pedir?

- Estás tardando mucho...

Me reí. Estaba en el baño, la fiesta ya había terminado y eran las tantas de la madrugada. Ya en nuestra casa, Nelson esperaba a que yo saliera del servicio porque, según él, tenía que consumir el matrimonio.

- Ya salgo —dije entre risas.
- Me está empezando a doler, Martina —resopló, se refería a su erección—. Llevo así todo el día.
- Solo un minuto...
- Diez segundos y como no abras la puerta, te juro que la echo abajo.

Solté una carcajada. Entre el alcohol y las cosas de Nelson, las risas iban a estar aseguradas.

Me miré en el espejo una vez más y sonreí. Abrí la puerta y se giró rápidamente. Me miró de arriba abajo y abrió los ojos como platos.

- Si no te gusta, te advierto que fue tu madre quien lo eligió —dije algo insegura porque no decía nada. La ropa interior que llevaba era demasiado sexy y atrevida, la verdad.

Tragó saliva y me miró a los ojos.

- Recuérdame que le haga un buen regalo a mi madre como agradecimiento.
- ¿Entonces te gusta? —pregunté juguetona, ya algo más aliviada.
- Más que eso, pero para lo que te va a durar...

Se acercó rápidamente a mí y pegó su cuerpo al mío. Su boca devorándome, sin esperar a nada más.

- No sabes cuánto te deseo —gimió sobre mis labios mientras nos hacía caminar hasta la cama, dejándonos caer en ella.
- Me hago una idea —sonreí, porque yo lo deseaba igual.
- Ahora sí que me duele —resopló y me hizo reír.

- ¿Qué puedo hacer para ayudar? —pregunté con picardía.
- No necesitas hacer nada, Martina. No eres consciente aún de lo que provocas en mí.
- Espero que sea así siempre —susurré, acariciando su cara con cariño.
- No dudes eso —dijo con firmeza—. Si no nos ha separado la vida ya, ten por seguro que no permitiré que nada ni nadie lo haga.
- ¿Me prometes eso?
- Lo juro —dijo con fiereza antes de volver a besarme con toda la pasión y el amor que sentía.

Nuestras manos acariciando el cuerpo del otro, desnudándolo para poder terminar juntos, unidos, piel con piel.

No era la primera vez que estábamos así, pero sí era diferente.

Nos unía un lazo más fuerte, una promesa de un “para siempre” que hacía todo más intento. Mucho más especial.

Cuando Nelson entró en mí, grité por la cantidad de sensaciones que vivía en ese momento. Deseo. Ansiedad por sentirlo. Amor. Felicidad por nuestro futuro...

Era tanto lo que ese hombre me hacía sentir que terminé temblando entre sus brazos mientras se derramaba en mi interior.

Tras un suspiro largo y saliendo de dentro de mí, se tumbó a mi lado y me abrazó.

- Nos ha costado un poco llegar hasta aquí —suspiró acariciándome la cabeza—. Mucho dolor. Pero te juro que haré todo lo que esté en mi mano para que jamás vuelvas a sufrir —lo soltó como un juramento.

Lo miré a los ojos y sonreí, enamorada.

- Teniéndote a mi lado sé que todo estará bien.

- De ahí no me pienso mover.
- Quizás algún día te aburres —intenté bromear por quitarle seriedad al asunto.
- Nunca —dijo, serio, sin seguirme la broma—. Sería como deshacerme de una parte de mí. Así que acostúmbrate a que no te dejaré marchar.
- Tampoco pensaba dejarte hacerlo —le guiñé un ojo y le di un dulce beso—. Por cierto, estoy deseando que nos vayamos de luna de miel.
- En un par de días, se nos pasarán volando.
- A ti, porque a mí se me harán largos —resoplé. Estaba deseando coger ese avión y llegar a El Caribe. Y disfrutar del cuerpazo de mi esposo en bañador todo el día.
- Ya haré porque sean más amenos —sonrió.
- ¿Y cómo vas a conseguir eso?
- Porque no te voy a dejar salir de esta cama hasta que nos tengamos que ir.

Solté una carcajada. Conociéndolo, capaz era.

- ¿Me vas a esposar?
- No me des ideas, Martina.
- Mmmm... Solo de pensarlo ya quiero de nuevo —bajé la mano, acercándome peligrosamente a...
- Quieta —dijo antes de que llegara a tocarla, cogiendo mi mano.
- ¿Por qué? —pregunté con un puchero.
- Porque si la vuelves a tocar, te juro que no podré ser tan dulce esta vez.

Me deshice de su agarré y la toqué.

- Martina... —me advirtió.

- Deja la dulzura por hoy, Nelson —dije con voz ronca—. Y dame duro.

Él gimió.

- Lo dicho, no saldrás de aquí en los próximos días así tenga que esposarte.

Se puso sobre mi cuerpo y me besó, pero esa vez dejando que la pasión tomara el control, sin cortarse.

Y eso era lo que quería, llevarlo al límite y verlo en su versión más cruda.

Cuando terminamos, nuestros cuerpos sudorosos abrazados y nuestras bocas muy cerca.

- A veces me da miedo dormir y despertar —suspiré.
- ¿Por qué?
- Por si cuando abra los ojos, todo esto no es más que un sueño.

Nelson acarició mis labios.

- Te aseguro que nada es un sueño, que estamos aquí, juntos y que es lo que haremos desde hoy. Duerme tranquila, mi amor, yo estoy para cuidarte.
- ¿Estarás cuando me despierte? —pregunté medio adormilada, temiendo, en parte, vivir lo que ya había vivido antes.
- Estaré siempre aquí, Martina.

Suspiré, me abracé más fuerte a él y cerré los ojos. Sabía que sería así, que todo eso que vivía era real.

La vida nos deparaba, aún, muchas cosas buenas y los dos juntos las disfrutaríamos y le haríamos frente a aquellas que no lo fueran tanto.

Porque cuando el amor es verdadero, los palos de la vida solo sirven para que este se vuelva más fuerte. Te ayudan a aferrarte aún más a la persona que está siempre ahí.

Esa que, si no te puede dar la mano y levantarte de un tirón, se tumbará a tu lado y pasará la

tormenta contigo.

Esa persona, para mí, era Nelson.

El amor de mi vida y mi felicidad.

El hombre que le devolvió la alegría a mi vida.

- Te quiero —susurré mientras el sueño se apoderaba de mí.

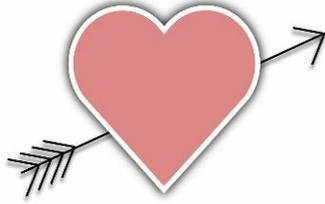
Y no escuché si él lo llegó a decir, pero tampoco lo necesitaba. Sabía que lo había hecho.

Y, por eso mismo, sabía que era el hombre correcto.

El hombre con el que iba a compartir el resto de mi vida.

Por y pasa siempre, Nelson.

Epílogo



Tres años después...

Había pasado mucho tiempo desde que abrí los ojos en el hospital, cuando mi vida cambió por completo.

Pero en ese momento podía decir que me sentía feliz.

Las cosas no habían sido fáciles y me había costado mucho dolor y tiempo recuperar los recuerdos que estaban ocultos en mi mente, pero ya estaban ahí, tanto los buenos como los malos.

Perdí mucho, pero también gané cosas que no creía posibles.

Estaba en la puerta de mi casa mirando cómo mis gemelos jugaban y sonreí. No podía creerme lo rápido que crecían, en momentos así deseaba que el mundo se parase, que los relojes dejaran de funcionar y que siempre se quedaran así de pequeños.

Era un pensamiento que tenía cada día.

La sonrisa se me ensanchó aún más cuando el amor de mi vida bajó de su coche. Ahí estaba el hombre que amaría por siempre.

Lo miré mientras los gemelos corrían hacia él para darles un abrazo. Agachado, con sus hijos encima, las risas de los tres llenaron de alegría mi corazón.

Cómo me hubiera gustado que mis padres vivieran esos momentos conmigo, pero estaba segura de

que, allá donde estuviesen, estarían siempre mirando a sus nietos y sonriendo.

Los niños volvieron a jugar y mi amor me miró. Una preciosa sonrisa se le dibujó en la cara y se acercó a mí lentamente.

Enarcó una ceja, en plan sexy.

- Hola, belleza —dijo con voz sensual.
- Hola, mi amor —correspondí a su beso cuando unió mi cuerpo al suyo y me derretí, como siempre, entre sus brazos.
- ¿Cómo estás? —preguntó cuando se separó de mí.
- Deseando verte —dije sensual.
- Me encanta oír eso —sonrió seductoramente.
- ¡¡¡Mami!!! —gritó uno de los gemelos y reí.
- Creo que nos va a tocar esperar un poco más.
- Qué remedio —rio él, yendo a buscar a los niños para entrar en casa.

Cogió a los dos en brazos y, entre risas, seguía la rutina. Era la hora del baño, de la cena y de que los dos durmieran.

Como cada día, fue una locura. Eran dos bichos, la liaban en todos lados. Cuando los acostamos, cayeron rendidos. Era el momento para cargar las pilas para el día siguiente.

Mi marido y yo no éramos menos, terminamos agotados y en la cama temprano.

- ¿Cómo te fue el día? —le pregunté mientras acariciaba su pecho.
- Cansado, como siempre, no veía la hora de que terminara y de llegar a casa.
- Tienes todo el fin de semana para descansar —él elevó las cejas y yo me reí—. Bueno, lo que te dejen los dos demonios.
- Me pasaría el día con ellos.

- Lo sé —me acerqué a él y le di un dulce beso.
- De todas formas, tampoco tenía pensado descansar mucho estos días.
- ¿Y eso por qué?
- Vamos a pasar el fin de semana fuera, salimos mañana temprano.
- No puedes decirme eso ahora —puse cara de horror.

En ese momento solo pensaba en lo que tendría que organizar a la mañana siguiente. Que si la comida, que si todo lo de los niños, que si...

- Solo nos vamos dos días, no exageres que te conozco —puso los ojos en blanco.
- Pero...
- Pero nada —me cortó—. Mañana nos levantamos temprano, un par de mudas de ropa para cada uno y por lo demás no te preocupes, yo me encargaré de toda una vez que estemos instalados. Lo que quiero es pasar unos días lejos de todo y con las personas que más quiero.
- ¿Y dónde vamos?
- Eso es sorpresa, mañana verás. Pero te va a encantar.
- No sé qué hice en la vida para que me regalara tanta felicidad a tu lado —suspiré, emocionada porque, realmente, ese hombre me hacía feliz.
- Sufriste mucho —sonrió con tristeza y acarició mi mejilla—. Y te mereces toda la felicidad del mundo. Soy yo quien debo de estar agradecido por estar a tu lado y por esos dos seres que me iluminan cada día.
- Ay, qué romántico eres —pestañeé como una quinceañera y lo hice reír.
- ¿Te estás metiendo conmigo?
- No —mentí.

- ¿Te ríes de mí? —preguntó seductoramente.
- Bueno... Eso depende. Si contesto que no, ¿qué pasaría?
- Nada... —estaba juguetón y a mí encantaba verlo así.
- ¿Y si digo que sí?
- Entonces tendría que castigarte.
- No sé por qué eso me gusta más —sonreí—. ¿Qué clase de castigo sería ese?
- Uno que creo que me va a gustar bastante.
- ¿Solo a ti? —puse un puchero.
- Es mi castigo, soy yo el que más debe disfrutar.

Solté una carcajada.

- No serías capaz de dejarme sin disfrutar a mí —dije cuando la risa se me fue y mirándolo intensamente a los ojos.
- Sabes que no y espero no dejar de hacerlo nunca —me besó con dulzura y yo suspiré cuando separó sus labios de los míos.
- Ese beso...
- Ese beso no es nada para lo que viene —dijo con voz ronca.

Y tenía toda la razón. Ese beso solo fue el principio de una noche de amor entre los dos.

Cuando cerré los ojos, en sus brazos, lo hice con una sonrisa en los labios. Como cada noche cuando estaba junto al amor de mi vida.

A la mañana siguiente todo fue un caos. Cuando nos montamos en el coche, yo creía que me iba a dar algo. Esos dos bichos que se durmieron cuando el coche se puso en marcha, no me habían ayudado en nada. Al contrario, si más prisa tenía yo, más trastadas hacían los dos.

Menos mal que al ser madre una parecía tener una paciencia infinita, porque si no... Dios mío,

¿pero cuánta energía podían tener? Y ya ni decir de qué imaginación para hacer trastadas.

Cualquier cosa les servía.

Su padre era más calmado y como se les caía la baba con los gemelos, en vez de reñirles, porque había que hacerlo, él, encima, se reía, haciéndome reír a mí y así andábamos, que mis bichos adorados eran un par de demonios de primera.

Cerré los ojos unos segundos y terminé quedándome dormida. Cuando me desperté, habíamos llegado a nuestro destino.

Pestañee varias veces y las lágrimas brotaron de mis ojos. Miré a mi amor, quien me miraba sonriendo.

- Hacía mucho que no veníamos y es nuestro lugar especial.

Me acerqué a él y le di un beso.

- Me recuerda a... —no podía evitar que se me formara un nudo en la garganta.
- A mí también —dijo con tristeza—. Pero ahora somos una familia y volveremos a mirar este lugar como algo especial.
- Tú eres la persona más especial del mundo —dije, emocionada y enamorada.

Era verdad, era lo mejor, junto con mis hijos, que me había pasado en la vida. Y el pasado, aunque doliera, había que superarlo.

Estábamos en esa cabaña del lago que tan importante era en nuestra historia. Y esa vez íbamos con nuestros pequeños, esos dos seres que nos unían cada día más.

Comenzaba algo precioso y, también, el fin de semana más agotador de nuestras vidas.

- Por favor, dime que se han dormido —reí cuando, esa noche, mi marido se acostó en la cama, a mi lado.
- Les ha costado, pero sí. Son un torbellino.

- Tú tienes la culpa que les ríes todas las gracias.
- Yo no hago eso, también les riño —elevé las cejas y él suspiró—. Lo hago de vez en cuando —dijo carraspeando.
- Muy de vez en cuando —rectifiqué.
- Tienen que disfrutar, son niños.
- Claro —seguí riendo y negué con la cabeza, él no podría ponerse duro con sus hijos nunca y estaba segura de que aunque fueran ya mayores, los trataría siempre como sus bebés. Lo mismo que, seguramente, me ocurriría a mí.
- ¿Vuelves a reírte de mí? —preguntó muy serio.
- Pues sí —solté una carcajada y aún reí más cuando comenzó a hacerme cosquillas—. ¡Para! —grité.

Lo hizo, pero él ya estaba encima de mi cuerpo, con mis manos sujetas entre una de las suyas y mirándome con amor.

- Cada día que pasa, te quiero más —me dijo sin dejar de mirarme a los ojos.

Intenté soltarme de su agarre para acariciarle la cara, pero no me dejó.

- Quiero tocarte —suspiré.
- Y lo harás —metió la mano por dentro de mi camiseta y gemí cuando rozó mi pecho—. Pero primero tocaré solo yo.
- Eres malo —suspiré, mis caderas ya moviéndose, en su busca.
- No sabes aún lo malo que puedo ser —me guiñó un ojo y me besó.

Me siguió besando. Me desquició. Me llevó al límite. Hasta que, finalmente, me hizo estallar en mil pedazos, haciéndome sentir que tocaba el cielo con las yemas de los dedos.

Abrazada a él, cuando nuestros cuerpos ya se relajaron, un par de lágrimas salieron de mis

mejillas. Él acarició mi pelo, sabiendo que me estaba acordando de ese bebé que habíamos perdido.

- Lo habríamos adorado —dijo con cariño.
- Lo sé.

Sabía que habría sido así, pero la vida nos tenía preparadas varias batallas antes de unirnos a los dos y de convertirnos en padres.

- Ahora tenemos dos bichitos en los que pensar —miré a mi marido y sonreí, limpiándome las lágrimas.
- Así te quiero ver, sonriendo. Me haces el hombre más feliz del mundo. Eres la mejor madre del mundo. No quiero separarme nunca de ti.
- No está en mis planes que lo hagas —le guiñé un ojo—. Porque, aunque volviera a perder la memoria mil veces más, volvería a enamorarme de ti cada día.

Él me cogió y me puso encima de su cuerpo, acarició mi cara, sin dejar de mirarme a los ojos.

- ¿Sabes que te quiero? —preguntó emocionado.
- ¿Me quieres? —me hice la tonta— No sabía... Debo de tener un poco de amnesia —miré hacia otro lado, porque si lo seguía mirando, iba a reírme.
- Ten toda la amnesia que quieras, ya me encargaré yo de recordártelo —rio.
- ¿De recordarme todo?
- Todo. Todo —me besó con pasión y nuestros cuerpos volvieron a excitarse de nuevo.
- Entonces creo que perderé la memoria más —reí cuando él gruñó, me giró y terminó encima de mí, volviendo a hacerme suya.

La vida me había regalado muchas cosas buenas y yo iba a disfrutarlas todas.

Mis hijos, esos dos pequeños que eran parte de mí.

Y el amor de mi vida, quien no volvería a desaparecer de mi mente por la simple razón de que estaba grabado, a fuego, en mi corazón.

Habíamos pasado mucho, pero la vida, por fin, nos dio una tregua y nosotros nos encargáramos de que durara toda la vida.

No sería un camino de rosas, pero estando juntos, lo superaríamos todo.

Porque el amor era eso, estar juntos en las buenas y en las malas y luchar por todo aquello que nos hace felices y que nos hace vibrar el corazón.

Mi vida eran mis hijos y el hombre de mi vida.

Mi vida era, ahora sí, felicidad.